

# HUITZILOPOCHTLI Y EL SACRIFICIO DE NIÑOS EN EL TEMPLO MAYOR DE TENOCHTITLAN

*Leonardo López Luján, Ximena Chávez Balderas,  
Norma Valentín y Aurora Montúfar\**

## UN HALLAZGO INESPERADO

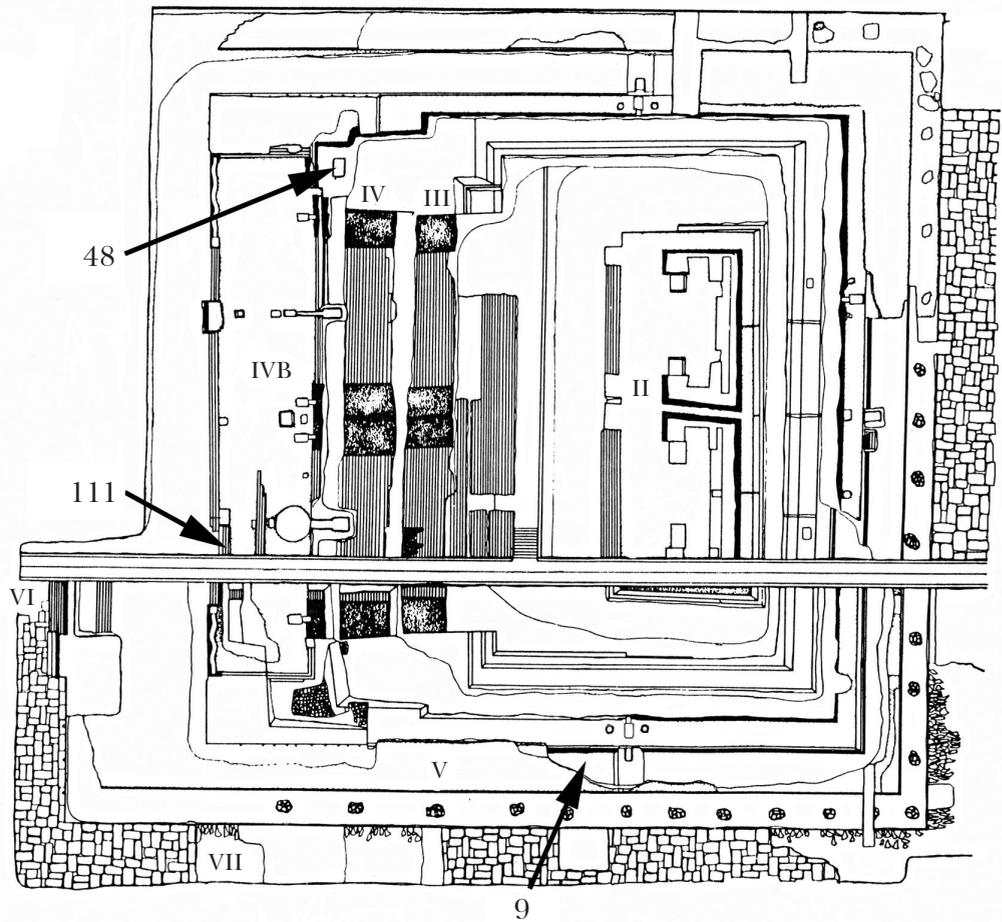
En el mes de junio de 2005 y como una de las actividades de la sexta temporada de campo del Proyecto Templo Mayor, comenzamos nuestra operación número 9 al pie de la plataforma de la gran pirámide doble (López Luján 2006b; López Luján *et al.* 2007). Para ello seleccionamos una pequeña área, de 75 por 150 cm, que se encontraba sobre el eje central de la mitad sur del edificio, es decir, la correspondiente al culto de Huitzilopochtli (figura 1).<sup>1</sup> Nuestro objetivo era excavar un pozo de poco más de un metro de profundidad para comprender mejor la secuencia de modificaciones de la plataforma en sus etapas IVa-1, IVa-2, IVa-3 y IVb (figura 2), las cuales se remontarían a los reinados de Motecuhzoma Ilhuicamina y Axayácatl, periodo comprendido entre 1440 y 1481 d.C. (Matos Moctezuma 1981: 50).

A escasos 50 cm de profundidad y de manera totalmente inesperada encontramos el esqueleto completo de un individuo de muy corta edad que, al parecer, había sido sacrificado (Chávez Balderas *et al.* 2005a, 2005b) (figura 3). Grande fue nuestro desconcierto, pues las únicas víctimas infantiles descubiertas por nuestro proyecto habían aparecido en 1980 en el extremo opuesto del edificio, o sea, en la mitad dedicada al culto de Tláloc (figura 1). Nos referimos a la famosa Ofrenda 48, la cual contenía los restos esqueléticos de 42 niños de entre dos y siete años de edad, además de 11 jarras con rostros de divinidades pluviales, dos discos de mosaicos de turquesa, vestigios de calabaza, madera y copal, cuentas de piedra verde, conchas, caracoles y arena marina (López Luján 1982; 2005: 148-157, 265-266; Román Berrelleza 1987, 1990). Todo indica que este depósito es la expresión material de una ceremonia sacrificial multitudinaria motivada por la devastadora

\* En esta investigación nos beneficiamos de la valiosa ayuda de Adje Both, Diana Bustos, José María García Guerrero, Simón González Reyna, María Lilia Adriana Juárez-López, Guilhem Olivier, Camila Pascal García, Osiris Quezada Ramírez, Joaquín Reyes Téllez, Juan Alberto Román Berrelleza, Julio Romero, Alfonso Torre Blanco y Adrián Velázquez Castro.

<sup>1</sup> En la retícula general del proyecto, este espacio se localiza en la intersección de la cala V' con el cuadro 23 (Matos Moctezuma y Rangel 1982).

Figura 1. Localización de las ofrendas 9, 48 y 111 del Templo Mayor de Tenochtitlan. Dibujo de Víctor Rangel.



sequía del año *1 Tochtli*, correspondiente a nuestro 1454 y consignada en un buen número de anales indígenas.<sup>2</sup>

La presencia de la Ofrenda 48 en la esquina noroeste del Templo Mayor coincide plenamente con las fuentes documentales del siglo XVI, las cuales nos señalan que la mayoría de los sacrificios de niños perseguían las dádivas de las deidades acuáticas y de la fertilidad. Es bien sabido que, valiéndose de este recurso, los mexicas y sus vecinos pedían lluvias y cosechas abundantes no sólo a Tláloc, sino también a Chalchiuhtlicue, Matlalcueye, Ichpochtli, Quilaztli, Ehécatl-Quetzalcóatl e, incluso, a Yaótl, advocación guerrera de Tezcatlipoca. Durante tales ceremonias, sujetas al calendario o realizadas en momentos de crisis, los niños

<sup>2</sup> En el año de 1978, los arqueólogos del entonces Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH descubrieron una pequeña cista parcialmente saqueada junto al monolito de Coyolxauhqui. Esta cista contenía “el esqueleto casi completo de un infante de aproximadamente ocho años de edad, el cual quizá también fue sacrificado como ofrenda a los dioses” (Peña Gómez 1978: 39; *vid.* García Cook y Arana 1978: 50). Por desgracia, desconocemos el paradero de dichos materiales y, en consecuencia, no hemos podido definir la forma de muerte de este individuo.

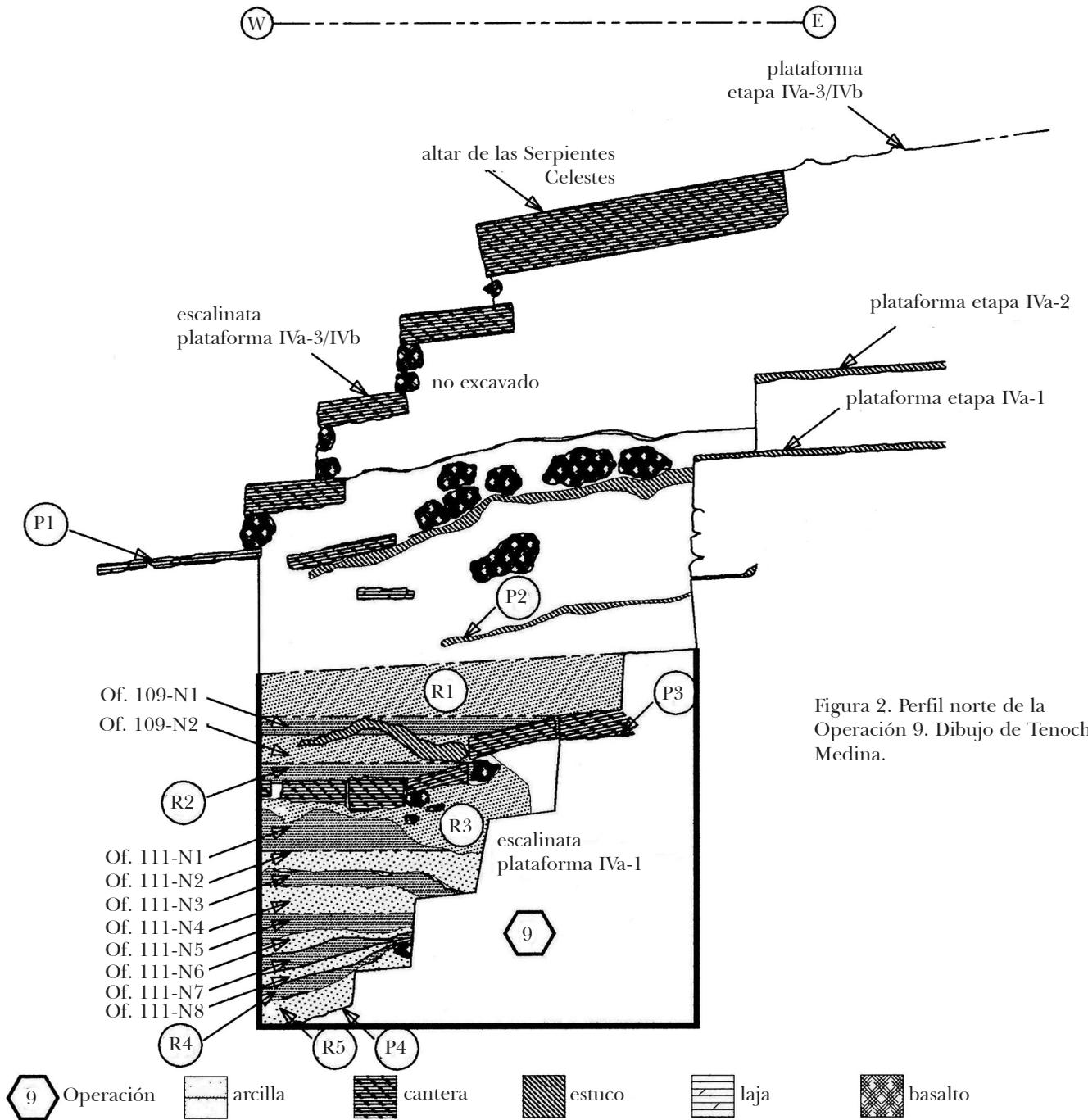


Figura 2. Perfil norte de la Operación 9. Dibujo de Tenoch Medina.

Proyecto Templo Mayor  
 Sexta temporada  
 © INAH, México 2006  
 Cala V' - W', cuadro 28-29  
 Operación 9. Perfil norte

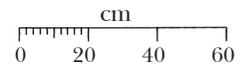




Figura 3. Vista general de la escalinata de la Etapa IVa-1 y la Ofrenda 111. Fotografía de Leonardo López Luján.

eran simbólicamente asimilados a los asistentes enanos y deformes del dios de la lluvia, en tanto que las profusas lágrimas que derramaban al ser inmolados servían como un augurio esperanzador de copiosas precipitaciones (Broda 1971).

El minucioso estudio que Michel Graulich (2005: 208-209) ha publicado recientemente sobre el sacrificio humano entre los mexicas indica que, por lo regular, los elegidos eran niños regalados o vendidos por sus padres (en ocasiones por incorregibles), pequeños esclavos ofrecidos por señores y gente pudiente, infantes comprados fuera de la ciudad o hijos de prisioneros de guerra. Hay menciones, además, de que los reyes y los señores, responsables en cierta medida del buen funcionamiento de los meteoros, destinaban a sus propios retoños al *téhcacatl* durante sequías o inundaciones, o para lograr ricas cosechas.

Fue a la luz de nuestras excavaciones previas y de estos datos históricos que pudimos reconocer el carácter excepcional del depósito ritual que —25 años más tarde— estábamos a punto de exhumar y al cual denominamos Ofrenda 111. Nuestros colegas Osiris Quezada y José María García, integrantes experimentados del Proyecto Templo Mayor, tuvieron la misión de explorar este contexto en forma sistemática y minuciosa, labor que se prolongó casi tres meses.<sup>3</sup> Tomando como base el detallado registro de campo que ellos realizaron, hemos podido emprender nuestra propia investigación. En el presente capítulo analizaremos este novedoso contexto arqueológico, examinando los artefactos y los restos humanos, animales y vegetales que lo integran. En lo que respecta al esqueleto del niño, emprenderemos el estudio osteobiográfico y tafonómico, este último para reconstruir el procedimiento sacrificial que le ocasionó la muerte. Al final, confrontaremos datos de diversa naturaleza para intentar desentrañar las relaciones entre las víctimas infantiles y el dios solar Huitzilopochtli.

### LA OFRENDA 111 DEL TEMPLO MAYOR

El registro de campo deja de manifiesto que el cadáver del niño fue colocado sobre la escalinata de la plataforma correspondiente a la Etapa IVa-1, en el momento en que ésta estaba siendo sepultada por el piso 3.<sup>4</sup> Los oficiantes pusieron su cuerpo

<sup>3</sup> La operación 9 comenzó el 11 de junio de 2005 y concluyó el 9 de septiembre del mismo año.

<sup>4</sup> El niño fue inhumado directamente sobre la escalinata de la plataforma de la Etapa IVa-1, justo antes de colocar el relleno 3 (R3) y, a continuación, el piso 3 (P3) de losetas de andesita de lamprobolita (figura 2). Debemos señalar que la plataforma correspondiente a la Etapa IVa fue modificada en tres

inerte sobre una superficie irregular de arena, en decúbito dorsal flexionado, y con el cuello y la cabeza recargados en el peralte de un escalón estucado (figuras 3-6).<sup>5</sup> Lo orientaron cuidadosamente hacia el poniente, si bien la cabeza y el torso quedaron levemente girados hacia el norte. Luego extendieron el brazo derecho hacia el noroeste y el izquierdo hacia el suroeste, éste levemente doblado sobre el abdomen. Flexionaron las piernas y las rotaron hacia afuera, al tiempo que juntaron los tobillos, acomodando los pies y sus dedos en posición vertical, tal y como lo demuestra el registro de conexiones anatómicas estrictas en huesos que conservaron posiciones inestables.

El esqueleto del niño se encontró acompañado de artefactos de madera, cobre, concha, obsidiana, piedra verde y cerámica, además de restos de un ave rapaz, un felino, copal y semillas (figuras 4-6). De manera particularmente interesante, los hombros del niño tenían sobrepuestos, y en relación anatómica, los carpo-metacarpos (derecho e izquierdo) y las falanges (primera y segunda) de las alas de un gavián de bosque, también conocido como gavián pajarero (*Accipiter striatus*). Al no encontrar más restos de esta ave y debido a que es muy difícil extraer los huesos de las alas sin destruir la piel y las plumas, inferimos que el niño vestía las dos alas enteras cuando fue enterrado (Valentín Maldonado 2006). El registro de lateralidad ósea del ave nos indicó que las alas estaban originalmente extendidas, con las plumas ventrales hacia arriba, mostrando sus características barras horizontales de color ocre al oficiante y los eventuales espectadores de la ceremonia (figura 7).<sup>6</sup> Vale mencionar aquí que los gavilanes de bosque son de talla pequeña,<sup>7</sup> tienen cola larga y cuadrada, y que el plumaje de su dorso adquiere un bello tono gris azulado. Anidan en tierras montañosas que van desde Chihuahua y Nuevo León hasta Michoacán, en tanto que la raza norteña, oriunda del Canadá, migra en invierno hasta Panamá, pasando por territorio mexicano (American Ornithologist's Union 1983: 108-109; Peterson y Chalif 1989: 58-59; Newton y Olsen 1993: 143).

El esqueleto del niño también tenía sobrepuestos tres artefactos elaborados con la madera de una conífera (Montúfar López 2006a) (figuras 4-6).<sup>8</sup> Dos de ellos

ocasiones, modificaciones denominadas respectivamente IVa-1, IVa-2 y IVa-3. Los pisos 3 (P3) y 4 (P4) pertenecen a la Etapa IVa-1; el piso 2 (P2) a la Etapa IVa-2, y el piso 1 (P1) a la Etapa IVa-3 y a la IVb.

<sup>5</sup> Durante la excavación, se llevó a cabo un registro minucioso de los elementos óseos y de sus conexiones anatómicas, así como un levantamiento sistemático basado en la metodología propuesta por Duda (1997) y Pereira (1997). A cada hueso le fue asignado un número consecutivo, haciéndose su identificación anatómica, definiendo su lateralidad y, en la medida de lo posible, anotando su cara de aparición.

<sup>6</sup> Las alas del *Accipiter striatus* son largas y redondeadas. Totalmente desplegadas habrían evocado el momento en que el ave planea para atacar a su presa.

<sup>7</sup> Tienen entre 250 y 350 mm de longitud.

<sup>8</sup> Por desgracia, el avanzado deterioro de las estructuras de la madera (traqueidas, punteaduras, radios, etc.) no permitió su identificación genérica.

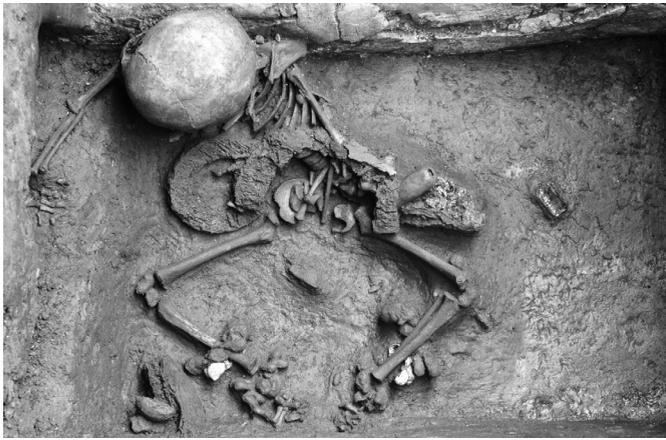


Figura 4. La Ofrenda 111. Fotografía de Leonardo López Luján.

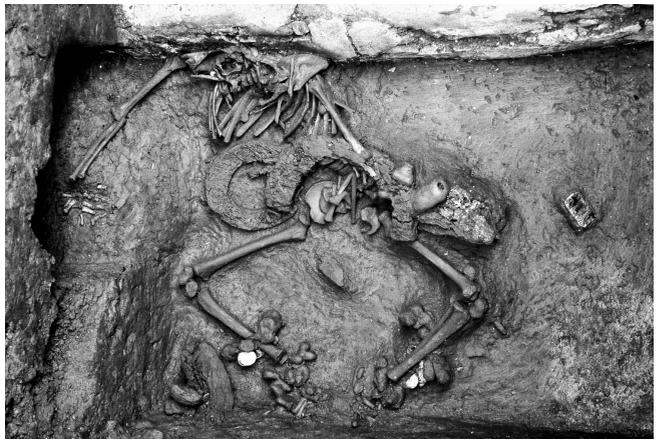


Figura 5. La Ofrenda 111 una vez que fue extraído el cráneo del niño. Fotografía de Leonardo López Luján.

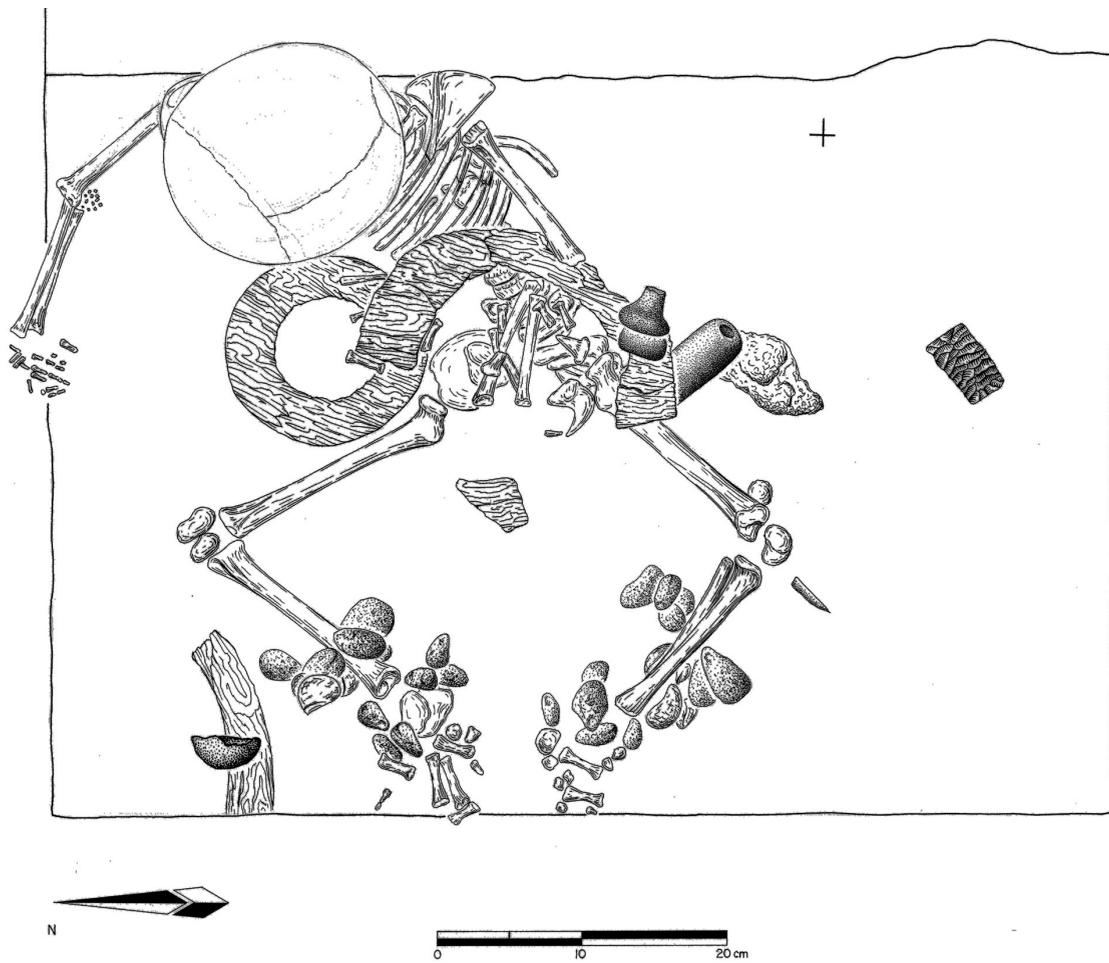


Figura 6. La Ofrenda 111. El esqueleto y los materiales asociados. Dibujo de Fernando Carrizosa.

se hallaron, respectivamente, sobre el antebrazo izquierdo y junto al pie derecho; son arcos de un círculo grande que quizá conformaba la representación votiva de una rodela. El tercero es el mejor conservado: se trata de un anillo que había sido colocado sobre el pecho, pero que se colapsó hacia el norte como consecuencia de la descomposición del cadáver.

Cada uno de los tobillos del infante lucía una ajorca compuesta por dos sartales de cascabeles periformes de cobre sumamente corroídos (cf. López Luján 2006a, I: 192), los cuales flanqueaban un sartal de cuatro caracoles marinos (figura 8). Estos últimos son blancos y pertenecen a la especie *Polinices lacteus* (Valentín Maldonado 2006).<sup>9</sup> Dicha especie es originaria de la Provincia Malacológica Caribeña que en México se extiende de las costas de Tamaulipas a las de Quintana Roo (Abbott 1974: 153; Abbott y Dance 1991: 105; García Cubas y Reguero 2004: 89).<sup>10</sup> Los ocho caracoles recuperados en la Ofrenda 111 poseen una perforación en la región ventral, lo que nos indica que fueron transformados por la mano del hombre en pendientes automorfos (vid. Velázquez Castro 1999: 38).

Junto al codo izquierdo del niño se detectaron tres aerófonos de cerámica anaranjada azteca (figuras 4-6): dos eran flautas transversas con un orificio de digitación,<sup>11</sup> y el tercero era un instrumento doble integrado por una flauta transversa y un silbato con embocaduras pintadas de rojo (Adje Both, comunicación personal, abril de 2006).<sup>12</sup> Estos aerófonos producen sonidos muy agudos y extraños, generando en ocasiones efectos psicoacústicos (Both 2005: 53-104). En la misma área se hallaron una pequeña bola de copal del género *Bursera* (vid. Montúfar López 2007), la parte medial de un bifacial de obsidiana gris, una navajilla prismática completa de

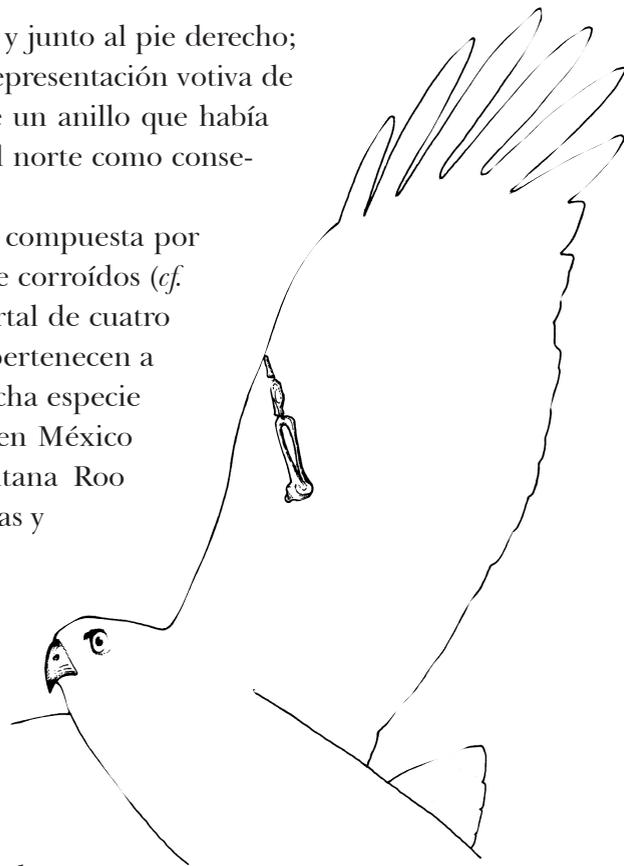


Figura 7. Huesos encontrados de las alas de un gavilán de bosque. Dibujo de Julio Romero.

<sup>9</sup> Los caracoles de esta especie son ovalados y alcanzan los 40 mm de longitud. Su concha es resistente, gruesa y tiene un ombligo profundo, muchas veces cubierto por un gran callo. Aunque el color de los caracoles colectados en la playa sea blanco porcelana, el animal presenta en vida un delgado periostraco amarillento.

<sup>10</sup> Estos caracoles habitan en sustratos arenosos ubicados a poca profundidad, aunque se ha reportado que también invaden lagunas costeras.

<sup>11</sup> Se trata de dos flautas sencillas, una de pasta amarilla rojiza (7.5YR 7/6) y la otra de pasta café grisácea (10YR 5/2). El acabado de superficie es un bruñido ligero. Ambas tienen forma cilíndrica y están dotadas de un orificio superior y otro lateral.

<sup>12</sup> Este instrumento es de pasta café pálida (10YR 6/3) y tiene un bruñido ligero como acabado de superficie. La sección principal es tubular y posee un orificio cuadrado en la parte superior y uno circular en el costado izquierdo. La otra sección es un silbato esférico con un orificio cuadrado en la parte más cercana a la boquilla. Al frente presenta una protuberancia con un agujero cilíndrico que podría haber servido para colgar el silbato con una cuerda delgada.

Figura 8. Caracoles del género *Polinices* encontrados en la Ofrenda 111. Fotografía de Jesús López.



obsidiana verde y un fragmento proximal del mismo tipo de artefacto (cf. Athié Islas 2006: 540-544; López Luján 2006a, I: 167-170).<sup>13</sup>

Se recuperaron además dos cuentas de piedra verde, una de ellas dentro de la cavidad oral del infante y la otra sobre su omóplato izquierdo.<sup>14</sup> Otros materiales procedentes de la misma ofrenda son 74 fragmentos de cerámica monocroma, mayoritariamente de la Cuenca de México y distribuidos de manera irregular en el depósito;<sup>15</sup> varias semillas de miltomate (*Physalis* sp.) detectadas cerca de la mano derecha del niño, junto al perfil norte del pozo de excavación, y pequeños huesos de felino (presumiblemente un puma) que surgían del perfil oeste.

Inmediatamente después de la ceremonia, el cadáver del niño fue cubierto con un sedimento oscuro y sumamente plástico, procedente del lecho lacustre o de las riberas del lago.<sup>16</sup> De dicho sedimento se tomaron numerosas muestras, lográndose recuperar en el laboratorio abundantes semillas, esporas, ciscos de olote, restos de resina, ostrácodos y micromoluscos. Tras el análisis de los restos vegetales, se identificaron 19 especies diferentes, la mayoría correspondientes a plantas lacustres, arvenses y ruderales.<sup>17</sup>

<sup>13</sup> De acuerdo con el análisis de Osiris Quezada Ramírez (2006), el bifacial posee retoque transversal, en tanto que la navajilla completa tiene retoque ventral proximal discontinuo y talón modificado por abrasión.

<sup>14</sup> Según el estudio de Quezada Ramírez (2006), ambas cuentas tienen una cara superior semicircular y perforación bicónica (cf. López Luján 2005b, I: 184-186). Su color Munsell es verde moderado (5G 5/6).

<sup>15</sup> De acuerdo con la clasificación de Camila Pascal García (2006), pertenecen a los tipos ¿Macana Rojo/Café? (1 cajete hemisférico), Lagos Anaranjado Impreso (45 vasijas salineras), Azteca Anaranjado Monocromo (2 cajetes, 10 cazuelas, 4 comales, 4 ollas), Azteca Alisado Anaranjado Compuesto (1 sahumador), Atezcapan Gris Monocromo (3 ollas) y Cuenca Café Monocromo (4 cajetes). Para la descripción de estos tipos cerámicos, véase López Luján (2005b, I: 149-166).

<sup>16</sup> Este sedimento es arcillo-limoso, friable y con un pH de 5. En seco tiene un color Munsell gris (10YR 5/1) y en húmedo es negro (10YR 2/1).

<sup>17</sup> Las plantas identificadas son *Amaranthus* sp., *Bursera* sp., *Castilleja* sp., *Chara* sp., *Eleocharis* sp. 1, *Eleocharis* sp. 2, *Hydrocotyle* sp., *Jaltomata* sp., *Opuntia* sp., *Physalis* sp., *Portulaca* sp., *Potentilla* sp., *Sanguinaria* T. sp., *Scirpus* sp. 1, *Scirpus* sp. 2, *Sesuvium* sp., *Urtica* sp., *Verbena* sp. 1 y *Zea mays* (Montúfar López 2006b).

Gracias a que este sedimento cubrió totalmente al cadáver, numerosas articulaciones óseas lograron conservar conexiones estrictas y algunos huesos mantuvieron posiciones inestables hasta nuestros días.<sup>18</sup> Sin embargo, la descomposición del cadáver, el relleno progresivo de las cavidades y la fuerza de gravedad ocasionaron el hundimiento de algunas vértebras cervicales dentro de la cavidad torácica, la constricción de algunas vértebras torácicas, el dislocamiento del brazo y la mano izquierdas, y el colapsamiento parcial de los pies. Con el paso del tiempo, la presión de los rellenos constructivos hizo lo propio, al constreñir levemente la cintura escapular y la columna vertebral, y al fracturar y deformar el cráneo.

#### EL ANÁLISIS OSTEOBIOGRÁFICO

A través del análisis osteobiográfico, aún en curso, hemos procurado definir la edad, sexo, patologías y filiación étnica del niño.<sup>19</sup> El examen de las piezas dentales, por ejemplo, nos ayudó a estimar que tenía alrededor de cinco años en el momento de su muerte, considerando el desarrollo de la dentición (Schour y Massler 1941: figura 3) y la formación de las coronas de los premolares (Lagunas Rodríguez 2000: 184). Debido a que los caracteres sexuales secundarios no se manifiestan en los huesos sino hasta después de la pubertad, intentamos determinar su sexo por medio de la técnica de la reacción en cadena de la polimerasa (PCR), montada por Alfonso Torre Blanco y Juan Alberto Román Berrelleza en la Facultad de Ciencias de la UNAM (Román Berrelleza y Torre Blanco 1998; Cruz Laina *et al.* 2006). Lamentablemente, y pese a repetidos esfuerzos, fue imposible extraer DNA de las muestras de hueso enviadas al laboratorio y, en consecuencia, no logramos saber si se trataba de un varón o de una hembra.

La inspección minuciosa del esqueleto nos permitió conocer que, salvo unas cuantas caries de primer grado, el niño gozó de buena salud y fue alimentado debidamente, situación muy distinta a la de los individuos de la Ofrenda 48, cuyos restos evidenciaron tanto desnutrición como caries severas, abscesos y cálculos dentales (Román Berrelleza 1990: 84-96). Hay que anotar, sin embargo, que la totalidad de las piezas dentales del niño de la Ofrenda 111 poseen manchas brillantes de tonos cafés, amarillos y blanquecinos (figura 9). Éstas forman parte

<sup>18</sup> Cuando una fosa no es rellenada de manera inmediata, los huesos en posiciones inestables se colapsan debido a la fuerza de gravedad.

<sup>19</sup> Los restos óseos fueron llevados al laboratorio, donde se limpiaron con agua y brochas suaves para evitar rayar su superficie. Para el pegado se utilizó mowithal, marcando los fragmentos con el número asignado en campo para conocer el patrón de dispersión en el contexto. Asimismo, se afinó la identificación anatómica, haciendo las correcciones necesarias de los datos obtenidos en campo. Se hizo un inventario osteológico (gráfico y numérico), así como la inspección macroscópica y microscópica de las huellas de corte encontradas.



Figura 9. Manchas en la dentición de niño ocasionadas por una fluorosis severa. Fotografía de Leonardo López Luján.

del esmalte y, a diferencia del sarro, no pueden ser removidas mecánicamente ni con acetona. Tras su revisión, los doctores Ricardo Lascuráin y Juan Pablo Loyola concluyeron que eran consecuencia de una *fluorosis dental*, es decir, de un tipo de hipoplasia del esmalte producida por la ingestión constante de agua extraída de una fuente contaminada con altas concentraciones de flúor (Loyola Rodríguez *et al.* 2000: 194-200).<sup>20</sup> Debido a que la *amelogénesis imperfecta* —un padecimiento de tipo hereditario— genera manchas similares a las de la fluorosis, realizamos un

diagnóstico diferencial que resumimos en el cuadro 1.

De esta manera concluimos que, efectivamente, el niño de la Ofrenda 111 padeció fluorosis dental.<sup>21</sup> Más aún, basándonos en el índice de fluorosis para la dentición temporal (IFDT), desarrollado por el propio Loyola y su equipo de colaboradores (Loyola Rodríguez *et al.* 2000: 196), observamos que los dientes del niño alcanzan los 123 puntos, valor propio de una fluorosis severa, la cual tiene un rango entre los 115 y los 192 puntos. Esto significa, en pocas palabras, que la afección se inició desde la fase embrionaria del infante, debido a que su madre consumió agua contaminada durante el embarazo (Loyola Rodríguez *et al.* 2000: 199).<sup>22</sup>

A este respecto, investigaciones recientes han demostrado que los cuerpos de agua con mayor contaminación de flúor se concentran en los estados de San Luis Potosí, Hidalgo, Coahuila, México y Zacatecas.<sup>23</sup> En este último se ha reportado una concentración de flúor del orden de 2.8 partes por millón (ppm), hecho que ha tenido como efecto la manifestación de fluorosis dental en 98% de la población infantil estudiada. En franco contraste, la concentración de flúor registrada en la ciudad de México es de 0.021 ppm (Grimaldo *et al.* 1995: 25; Juárez-López, *et*

<sup>20</sup> Por el contrario, un consumo moderado es propicio para la prevención de las caries, por lo que, actualmente, muchos dentífricos son adicionados con flúor (Grimaldo *et al.* 1995: 25).

<sup>21</sup> Según Bardsen y Bjorvatn (1998: 155), puede prevenirse la fluorosis dental, pero las manchas no pueden eliminarse una vez formadas.

<sup>22</sup> Aunque la fluorosis dental no presenta efectos secundarios en fases tempranas, el consumo prolongado de agua contaminada puede culminar en el desarrollo de una fluorosis esquelética. La severidad de la fluorosis dental depende de la edad del individuo, la cantidad y la duración de la ingestión de agua con flúor; así como la susceptibilidad de cada persona. Otros factores que contribuyen a una mayor absorción son la desnutrición y el tipo de dieta (Juárez-López *et al.* 2003: 222). Por su parte, la fluorosis esquelética se asocia a la edad adulta y es resultado de un consumo crónico. En estos casos, el flúor llega al hueso, donde sustituye el hidróxido que conforma la hidroxiapatita, creando fluorapatita. Entonces, la densidad del hueso aumenta, ya que se estimula la formación de tejido óseo irregular en los sitios de las inserciones tendinosas y musculares. Esto puede ocasionar una osificación gradual de los tejidos blandos y, por lo tanto, padecimientos anquilosantes (Littleton 1999: 465-466).

<sup>23</sup> Este tipo de casos se presenta con mayor incidencia en climas cálidos, donde la gente está expuesta a una mayor deshidratación (Littleton 1999: 480).

CUADRO 1. Comparación entre la amelogénesis imperfecta y la fluorosis dental

	<i>Amelogénesis imperfecta</i>	<i>Fluorosis dental en dentición temporal</i>
Causas del padecimiento	Condición hereditaria.	Alteración por factores externos (ambientales).
Características del esmalte	Delgado y frágil.	Resistente y brillante.
Afectación de la forma de las piezas dentales	Faltantes en bordes y en puntos de contacto entre ambas arcadas.	Las cúspides están intactas y presentan buena oclusión.
Coloración de las manchas en el esmalte	Dientes opacos. Manchas cafés y amarillas.	Dientes brillantes. Manchas cafés, amarillas y blancas.
Distribución de la manchas	Cambios en la coloración, principalmente de los incisivos.	Cambios mayores en la coloración de los molares y los caninos.
Afectación de la dentina	Dentina visible.	Dentina invisible.

al. 2003: 221; Adriana Juárez-López, comunicación personal, enero de 2006). Lo anterior pudiera ser un indicio de que tanto el niño de la Ofrenda 111 como su madre no eran oriundos de Tenochtitlan ni de la zona lacustre del Lago de Texcoco, sino de la zona centro-norte de nuestro país. Obviamente, esta hipótesis deberá ser contrastada en un futuro próximo con los resultados del análisis de haplotipos y región hipervariable que realizan la doctora Lourdes Muñoz y la arqueóloga Diana Bustos en el Laboratorio de Antropología Molecular del Cinvestav. Hasta el momento, ellas han concluido con éxito la extracción de ADN, su amplificación y los controles de contaminación. La siguiente fase consistirá en la secuenciación y elaboración de un árbol filogenético que nos permita compararlo con el ADN de diversas poblaciones del territorio mexicano, intentando así ubicar el origen geográfico y étnico del niño.

#### EL ANÁLISIS TAFONÓMICO

Por medio del análisis tafonómico, logramos reconstruir las principales transformaciones acontecidas en el cadáver del niño desde su enterramiento en el siglo xv hasta su exhumación en el siglo xxi, transformaciones que mencionamos al final de nuestro apartado sobre la Ofrenda 111. La tafonomía también nos reveló las modificaciones culturales que sufrió el cuerpo en el momento de su muerte, hecho fundamental para los propósitos de este libro. Fue de especial significación el hallazgo de numerosas huellas de corte en las costillas de ambos lados de la caja torácica, así como de fracturas peri mórtem producidas por la misma acción cortante. Las huellas se concentran en el tercio esternal interno de la tercera, cuarta y quinta costillas (figuras 10-11). Son el resultado de cortes originados en

Figura 10. Distribución de las huellas de corte y los faltantes en las costillas del niño. Dibujo de Julio Romero.

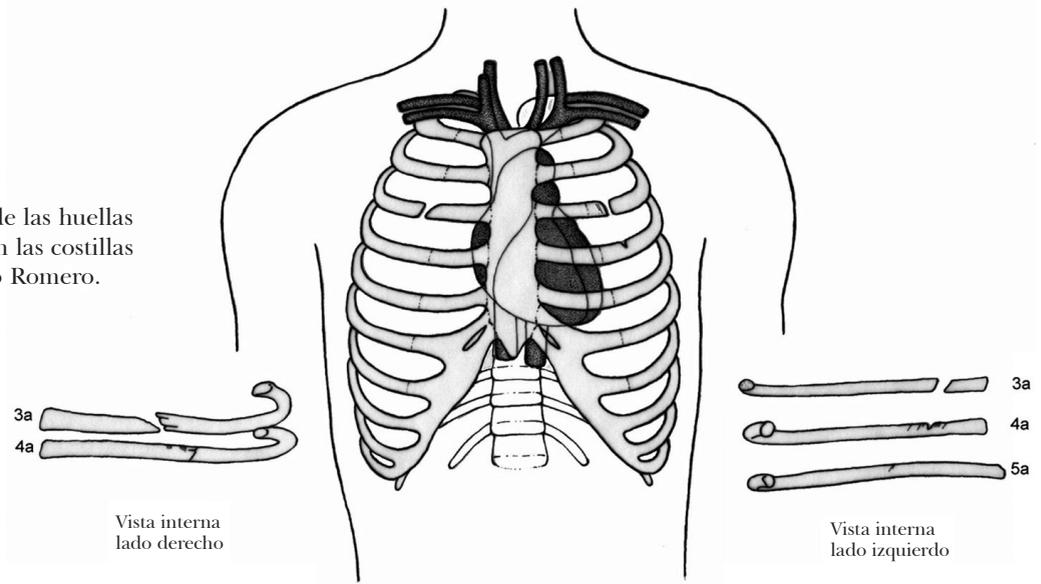


Figura 11. Huellas de corte y faltante en la cuarta costilla del lado izquierdo. Fotografía de Leonardo Luján.

el borde proximal y la cara interna de cada costilla, los cuales a veces se prolongan de una costilla a otra, en un movimiento de arriba hacia abajo. Dichos cortes fueron practicados en forma reiterada desde el interior del tórax y con un instrumento muy afilado. Algunas costillas, además, tienen faltantes o están rotas en el borde proximal, como consecuencia de la aplicación de la fuerza desde el espacio intercostal. Muy probablemente, las huellas repetitivas se produjeron al emplear la superficie interna del tórax como plano de apoyo para cortar estructuras blandas (cuadro 2).

A nuestro juicio, este conjunto de evidencias es suficiente para concluir que el niño de la Ofrenda 111 murió durante una ceremonia sacrificial en la que se extrajo su diminuto corazón. Como es bien sabido, varias son las técnicas que los especialistas han propuesto para este tipo de ritos. Por ejemplo, Robicsek y Hales (1984), basados en su experiencia como cirujanos, han sugerido cuatro procedimientos factibles de cardioectomía que a continuación enumeramos.<sup>24</sup> La *esternotomía de la línea media axial* implica una incisión longitudinal del esternón, en cuya aplicación resultaría más sencillo percutirlo que cortarlo dada la dureza de dicha estructura. Al llevar a cabo este procedimiento, la tensión superficial podría fracturar algunas costillas. La *aproximación intercostal lateral izquierda* supone la realización de un corte entre la quinta y la sexta costilla del lado del corazón, dejando huellas externas y en el espacio intercostal, y produciendo una cavidad tan pequeña que

<sup>24</sup> En fechas más recientes, Pijoan Aguadé y Mansilla Lory (2004) han analizado la factibilidad de distintas técnicas de cardioectomía.

CUADRO 2. Huellas de corte en la cara interna de las costillas del niño de la Ofrenda 111

<i>Elemento óseo</i>	<i>Tipo de huellas</i>
3ª costilla izquierda	Corte a la altura del tercio esternal. Presenta rayones finos en la superficie externa; tienen su origen en el borde proximal y en la cara interna, lo que implica que la fuerza provino del interior de la caja torácica.
4ª costilla izquierda	Varias marcas con origen en el borde proximal. Pequeño faltante producto de un corte; tiene forma en V que evidencia la dirección de la fuerza del extremo proximal al distal (figuras 10-11).
5ª costilla izquierda	Huella que es continuación de un corte realizado sobre la cuarta costilla.
3ª costilla derecha	Corte a la altura del tercio esternal. Fractura por un corte originado en el borde proximal debido a la aplicación de fuerza con el instrumento cortante desde el espacio intercostal. Borde deformado y astillado.
4ª costilla derecha	Corte a la altura del tercio esternal. Cortes repetitivos en el borde proximal hechos con un instrumento muy afilado. Tienen su origen en la cara interna y, en ocasiones, abarcan todo el borde. El instrumento se deslizó de adentro hacia afuera, traspasando todo el espacio intercostal, y dañando los músculos de la capa profunda, interna y externa.

no permitiría la extracción del corazón, como lo señalan los propios autores. La *toracotomía bilateral transversa* conlleva un corte de lado a lado, el cual cercenaría los músculos intercostales y el esternón, generando huellas externas en los bordes intercostales, además de fracturas o cortes del esternón. En este caso, la exigua apertura de la cavidad dificultaría la extracción del corazón,<sup>25</sup> puesto que quedarían intactas las muy poderosas articulaciones costovertebrales. Finalmente, el *ingreso a la cavidad torácica desde el abdomen* requiere del corte de los tejidos musculares del diafragma y de numerosas estructuras blandas.<sup>26</sup> De acuerdo con los autores mencionados, las vísceras dificultarían el procedimiento. Sin embargo, esto no sucede si se hace el corte a la altura adecuada y con la profundidad debida.

En el caso específico de la Ofrenda 111, estamos convencidos de que los sacrificadores siguieron la última de las técnicas mencionadas, ingresando a la ca-

<sup>25</sup> En la actualidad, los médicos practican el masaje cardiaco separando las costillas con la ayuda de instrumentos metálicos y el empleo de fuerza mecánica. Aun así, el espacio que se abre entre las costillas se antoja demasiado reducido para una cómoda extracción del corazón.

<sup>26</sup> Otra técnica posible que no mencionan estos autores es la sección del cartílago que se encuentra entre el esternón y las costillas. El procedimiento sería similar al que se realiza en la actualidad durante las necropsias. Esta acción, sin embargo, se dificultaría por la presencia de ligamentos y músculos, y, en el caso de los adultos, porque el cartílago es prácticamente igual de resistente que el hueso. Una técnica más, sería el corte directo de las costillas alrededor del corazón.

vidad torácica desde la abdominal. Así lo demuestran las huellas de cortes internos que hemos descrito y la ausencia de huellas de corte o fracturas externas. En caso de que el corte se hubiese realizado longitudinalmente sobre el frágil esternón infantil, no habría razón para justificar la presencia de huellas en la cara interna de las costillas. Tampoco habría marcas que traspasaran el espacio intercostal con origen en la parte interna del tórax y la dirección de la fuerza no sería proximal-distal. Además, como hemos visto, la incisión del esternón o del cartílago circundante habría fracturado las costillas.

El procedimiento que proponemos consistiría en practicar una incisión en el abdomen, justo abajo del apéndice xifoides del esternón, traspasando la piel, el panículo adiposo, la fascia endotorácica y el músculo recto mayor. A continuación se tendría que cortar el diafragma para acceder al mediastino medio, acción que podía conllevar el colapsamiento de los pulmones debido al cambio de presión. La consecuencia sería una ampliación del espacio que facilitaría la maniobra. Entonces, el sacrificador debería introducir una de sus manos en el interior de la diminuta cavidad torácica infantil para sujetar con ella el instrumento para cortar el pericardio y liberar el corazón. La parte distal de este músculo habría sido jalada con la otra mano para tensar las estructuras blandas por cortar. La cara interna de las costillas habría servido como superficie de apoyo, pues las huellas se localizan precisamente en el área circundante al corazón, es decir, en el área donde tenían que seccionarse el pericardio, las arterias y venas pulmonares, la vena cava superior y la inferior, el cayado aórtico, las arterias subclavia izquierda y carótida común izquierda, y el tronco braquiocefálico.<sup>27</sup> Naturalmente, muchas huellas debieron quedar sobre el cartílago —estructura de mayor tamaño en un infante que en un adulto—, evidencia que se habría perdido por su descomposición. Es necesario decir que este procedimiento habría restado visibilidad al sacrificador, por lo que requeriría un gran conocimiento anatómico y mucha precisión. Sin embargo, su ejecución se habría visto favorecida si la víctima se encontraba recostada, tal y como informan las fuentes históricas.

Gracias al doctor Joaquín Reyes Téllez llevamos a cabo experimentos durante 2001 en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina de la UNAM. Con la asistencia del técnico forense Simón González Reyna, registramos necropsias y simulamos varios procedimientos sin modificar el material biológico embalsamado. En material aislado, hueso fresco y embalsamado, reprodujimos repetitivamente cortes superficiales y profundos, con instrumentos de obsidiana y pedernal, algunos con bordes retocados y otros con filo vivo. A partir de dichas experiencias, in-

<sup>27</sup> La ubicación de las huellas permite saber que la mano del sacerdote se deslizó por la parte posterior del corazón y que empleó la cara interna de las costillas como punto de apoyo. Si la mano se hubiese desplazado por la parte anterior del músculo cardíaco, las huellas se encontrarían en los discos vertebrales o cerca del tercio costovertebral.

ferimos que en el sacrificio del niño se empleó un instrumento diminuto de obsidiana, quizás una navajilla o un bifacial con filo vivo.<sup>28</sup> También concluimos que el procedimiento que hemos propuesto para nuestro caso no sólo es factible, sino que es el que ofrece menores dificultades anatómicas y el más rápido. Aun así, su consecución habría provocado tanto el desvanecimiento del individuo por el colapso de sus pulmones como heridas fatales; en consecuencia, el individuo moría antes de que arrancaran su corazón. Obviamente, esto contradice las fuentes históricas que afirman que la cardioectomía era tan veloz que la víctima llegaba a presenciar cómo latía su corazón extirpado.

Concluamos este apartado diciendo que hace años se descubrió en la Ofrenda 9 del Templo Mayor el esqueleto en conexión anatómica de un jaguar (López Luján 2005: 337-338) (figura 1). Este jaguar es interesante para nuestro propósito, pues parece haber sido sacrificado con el mismo procedimiento que se siguió en el caso del niño de la Ofrenda 111. En efecto, tiene numerosas huellas de corte en los bordes proximales de las caras internas de las costillas. Se trata de cortes repetitivos que se localizan entre la segunda costilla y la quinta, predominantemente del lado derecho (cuadro 3).<sup>29</sup>

Al igual que en las costillas del niño, la dirección de las huellas va del extremo proximal al distal. No obstante, el jaguar posee una mayor cantidad de huellas: más de treinta en la cuarta costilla de la derecha. Algunas de ellas son irregulares; fueron hechas con menor precisión y con un instrumento pequeño de filo burdo (cuadro 4).

## EL SACRIFICIO DE NIÑOS, LA GUERRA Y HUITZILOPOCHTLI

No todos los sacrificios de niños estaban vinculados con las divinidades de la lluvia y la fertilidad. Algunos documentos históricos nos revelan que las personas

<sup>28</sup> En el primer momento del rito, cabe la posibilidad de que hubiera sido empleado un cuchillo de pedernal grande para hacer la incisión en el abdomen. En cambio, en un segundo momento, resulta evidente que se usó un instrumento de pequeñas dimensiones, debido al reducido tamaño del tórax del niño, el tipo de maniobra requerida en su interior y el tipo de huellas detectadas durante nuestro análisis. Lo anterior se corrobora en el hecho de que el instrumento entró accidentalmente en espacios intercostales que medían de 1 a 2 cm de ancho. En cuanto a la materia prima del instrumento, el trabajo experimental y nuestras observaciones a simple vista sugieren que pudo haberse empleado obsidiana con filo vivo; sin embargo, somos conscientes de que sólo un análisis de microscopía electrónica nos permitiría distinguir con certeza entre las huellas del pedernal y de la obsidiana. En lo tocante a su forma, es probable que fuera una navajilla o un bifacial como los encontrados junto al esqueleto durante la excavación.

<sup>29</sup> La concentración de las huellas en el lado derecho implica que el jaguar fue recostado boca arriba y que el sacrificador jaló el corazón hacia su izquierda, empleando la cara interna de las costillas derechas como superficie de corte de venas y arterias. La anatomía del animal condiciona la ubicación de las huellas hacia la parte medial de las costillas, puesto que la sección de la caja torácica es triangular.

CUADRO 3. Huellas de corte en la cara interna de las costillas del jaguar de la Ofrenda 9

<i>Elemento óseo</i>	<i>Tipo de huellas</i>
2ª costilla izquierda	Cortes repetitivos con origen en el borde proximal de la cara interna, con dirección proximal-distal hasta llegar hasta la mitad de la costilla. Al menos cinco cortes más burdos y dos con sección en V.
2ª costilla derecha	Cortes repetitivos en el borde proximal de la cara interna, presentan faltantes como consecuencia del corte.
3ª costilla derecha	Cortes repetitivos en toda la cara interna, con origen en el borde proximal y con énfasis en la porción medial, así como el tercio de la articulación vertebral. Un corte ocasionó un faltante. Aproximadamente 15 cortes. Las costillas 3, 4 y 5 del lado derecho, presentan cortes a la misma altura.
4ª costilla derecha	Cortes repetitivos en el borde proximal, cara interna. Presenta aproximadamente 40 cortes.
5ª costilla derecha	Cortes repetitivos en el borde proximal, cara interna. Presenta aproximadamente 15 cortes visibles (fue consolidada y no se aprecian con claridad).

Cuadro 4. Comparación de las huellas de corte encontradas en las ofrendas 111 y 9

	<i>Ofrenda 111</i>	<i>Ofrenda 9</i>
Tipo de depósito	Primario, descomposición <i>in situ</i> , huesos en conexión anatómica	Primario, descomposición <i>in situ</i> , huesos en conexión anatómica
Marcas de corte	Huellas repetitivas en la cara interna usada como superficie de apoyo, faltantes en bordes por corte accidental, huellas en la cara externa con origen en el espacio intercostal de la cara interna	Huellas repetitivas en la cara interna usada como superficie de apoyo, faltantes en bordes por corte accidental
Número mínimo de cortes	Alrededor de 20 (considerando que por la forma de la cavidad torácica en un humano, muchos debieron quedar en el cartílago)	Alrededor de 70 (tres costillas presentan continuidad en la trayectoria de las huellas, lo que reduciría esta cifra)
Ubicación de las huellas	De la mitad hacia el tercio esternal (condicionada por la forma de la cavidad torácica)	Hacia la parte medial (condicionada por la forma de la cavidad torácica)

que se encontraban en situaciones de adversidad, que habían perdido su libertad o que sufrían una terrible enfermedad prometían entregar a sus hijos a cambio de su salvación (*vid.* Graulich 2005: 208-210). En otros casos, se cobraba la vida de infantes justo antes de las confrontaciones bélicas, hecho relevante para nuestro problema. López de Gómara (1954: 115) se refiere a este tipo de occisiones, al

narrar las vicisitudes de la breve estancia de Cortés en la ciudad de Cholula y la frustrada emboscada que le tendieron sus pobladores:

Así que, al día siguiente por la mañana, muy alegres [los cholultecas], pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar a los españoles, como en andas, creyendo cogerlos en ellas. Vinieron asimismo gran cantidad de hombres armados, de los más valientes, para matar al que se rebullese; y los sacerdotes sacrificaron a su *Quezalcouatlh* diez niños de tres años, cinco de ellos hembras, costumbre que tenían al comenzar una guerra.

A partir de este pasaje, queda de manifiesto la conexión simbólica entre las víctimas infantiles y la guerra, aunque la divinidad a la que aquí se rinde el sacrificio es “Serpiente Emplumada” y no Huitzilopochtli, quizá por tratarse del patrono de la ciudad de Cholula. De acuerdo con Graulich (2005: 210), tal conexión tiene lógica: “si los niños están vinculados manifiestamente con la fecundidad-fertilidad, la guerra también lo está, no solamente porque un niño que muere en el parto es un prisionero de guerra, sino porque la guerra es un motor del universo que asegura la alternancia del día y la noche, de la estación seca y la de lluvias”.

En forma reveladora, encontramos prácticas semejantes a las de los cholultecas en plena Cuenca de México y, por si fuera poco, dirigidas a Huitzilopochtli. Según la “Relación de Coatepec y su partido” (1985: 164), tales sacrificios tenían lugar en Chimalhuacan Atoyac, poblado también conocido como Chimalhuacan Atenco. La fuente aclara al respecto:

Y, si algunas provincias les movían guerra a estos caciques [de Chimalhuacan Atoyac], ellos, para saber de su buen suceso o malo, hacían llevar un niño pequeño al dicho templo [de Huitzilopochtli] y lo entregaban a los dichos tlenamacas, como sacerdotes, e, invocando al demonio, sacrificaban al niño sacándole vivo el corazón, abriéndole los pechos con una navaja que para este efecto tenía a manera de cuchilla grande, y el corazón y sangre lo ofrecían al d[ic]ho ídolo Huitzilopoch[tli]. Y, habiendo hecho este sacrificio, los d[ic]hos tlenamacas consultaban con el Demonio lo q[ue] querían saber.

Obviamente, este pasaje no sólo es relevante por la alusión explícita que allí se hace del patrono de los mexicas. Por un lado, va más allá de lo afirmado por López de Gómara, al explicar que el sacrificio en honor a Huitzilopochtli tenía una función oracular, pues supuestamente informaba a los fieles de manera anticipada el desenlace de los enfrentamientos militares. Por el otro, especifica que tan sólo se inmolaba a un infante y que esto se hacía por medio de la car-

dioectomía, lo que concuerda con nuestros análisis tafonómicos del esqueleto de la Ofrenda 111.

De acuerdo con la versión de fray Antonio Tello (1997: 15-16), el origen de los sacrificios de niños a Huitzilopochtli se remonta a la migración de los mexicas.<sup>30</sup> El franciscano narra que cuando las diez tribus llegaron a Huey Culhuacan provenientes de Aztatlán, se les apareció el demonio Huitzilopochtli. Éste los proveyó de los muchos alimentos que les serían necesarios en la búsqueda de la tierra prometida. Pero el demonio los dejó inexplicablemente y tardó quince días en aparecer. Al preguntarle la causa de su demora,

el demonio respondió que en su persona no cavía pesar ni enojo, pero que solo estaba celoso de verles poco correspondientes y gratos á los favores que les había hecho y les había de hacer, á lo cual ellos dijeron que estaban reconocidísimos de los favores y mercedes que habían recibido de su deidad, y que les mandase y vería las veras con que era obedecido [...] entonces el demonio, viendo la suya, les dijo que para verificar lo que decían, pues era su Dios y Creador, le reconociesen ofreciéndole sacrificio, y que el que más le agradaba era el de los hijos pequeños, porque muriendo en él, los tendría en su compañía en prenda de su amor y fidelidad; y apenas lo hubieron oído, cuando luego procuraron ponerlo en ejecución, pidiéndoles diese el modo que habían de tener, que es el que queda referido en el libro primero y se extendió por todas la Indias.

#### HUITZILOPOCHTLI: ¿UNA DEIDAD INFANTIL?

En las fuentes documentales existe, además, una interesante conexión entre el patrono de los mexicas y su propia imagen como niño. Esto queda patente, por ejemplo, en la obra de fray Diego Durán (1984, I: 277-278), cuando nos relata el desarrollo de la fiesta de *pachtontli*, en la cual se celebraba el advenimiento de Huitzilopochtli. Según nos cuenta el dominico, los fieles estaban a la espera de su llegada, la cual era registrada en forma de una huella que súbitamente quedaba estampada sobre una bola de masa de maíz:

ponían aquella jícara llena de masa, desde las siete de la noche para abajo, en lo alto del templo, y sobre ella velaban, visitándola con mucho cuidado y vigilancia hasta que, impreso en la masa aquel pie de niño, o puesto encima de ella algún cabello, tocaban las bocinas y caracoles y hacían gran muestra de regocijo con la venida de su dios Huitzilopochtli.

<sup>30</sup> Agradecemos a Guilhem Olivier el habernos dado a conocer este interesante pasaje.

Por el regocijo y contento, y en pago y agradecimiento de tan gran beneficio, como se les hacía en venir su dios a visitarlos, hacían aquellos espantosos sacrificios en sí mismos y en sus personas, sangrándose de los pechos, las lenguas, las orejas, los molledos, las pantorrillas, pasando por las heridas, que con gran osadía se daban, cordeles, cañas, pajas, cada uno como más devoción tenía, donde se bañaban de sangre con aquellos crueles penitencias y sangrientos sacrificios, la cual sangre ofrecían al demonio.

La fiesta concluía con la elaboración de un pan con el mismo género de masa donde había quedado plasmado el “vestigio de Huitzilopochtli”. Vale decir que, en el pasaje correspondiente a esta ceremonia contenido en la obra de fray Bernardino de Sahagún, no se menciona la llegada de Huitzilopochtli, sino de Titlacahuan. Este hecho no debe sorprendernos, primero porque esta advocación de Tezcatlipoca también presenta rasgos infantiles o juveniles, y segundo porque es bien sabido que Huitzilopochtli se asimila conceptual e iconográficamente a Tezcatlipoca (Nicholson 1988: 244-245; Boone 1989: 8-9). Al respecto, Sahagún (2000, I: 156-157, 236-238) nos narra:

A los dieciocho días llegaba el dios que siempre es mancebo, que le llamaban Tlamatzíncatl. Este es Titlacahuan. Decían que por ser mancebo y recio caminaba mejor y llegaba primero. Luego ofrecían comida en su cu, y aquella noche comían y bebían y regocijábanse todos, especialmente los viejos y viejos [*sic*], que bebían vino por la llegada del dios, y decían que le lavaban los pies con este regocijo.

De acuerdo con esta narración, su llegada quedaba registrada en un montoncillo de harina de maíz “muy tupido de la forma de un queso”. Al ver el sacerdote la pisada decía: “Llegado ha nuestro señor”, y todos los ministros del templo comenzaban a tocar cornetas, caracoles, trompetas y “otros instrumentos de los que ellos entonces usaban”. Tras la algarabía, la gente acudía a ofrecer comida en los templos y los oratorios. Y Sahagún concluye: “El día siguiente decían que llegaban los dioses viejos, a la postre de todos, porque andaban menos por ser viejos”.

Según Durán (1984, I: 287-288), más adelante en el año, al principio del mes de *atemoztlí*, se conmemoraba el advenimiento de Huitzilopochtli que había sido celebrado en *pachtontli*. Para ello: “Fingían que bajaba un niño del cielo este día, y a este niño llamaban ‘Agua’...”

Otra conexión más entre Huitzilopochtli y los niños es digna de mención. Aparece en el mito de su nacimiento, transcrito en lengua náhuatl por Sahagún (1979, v. III, Lib. IV: fol. 3r; Sahagún 2000, I: 300-302; López Austin y López Luján en prensa). Como bien se sabe, en este mito Coatlicue pare a un dios en estado adulto, armado de la temible *xiuhcóatl* y ricamente ataviado. Pero uno de



Figura 12. Imagen pictográfica de Huitzilopochtli según el *Códice Borbónico* (1991: 36).



Figura 13. Representación escultórica de Huitzilopochtli tallada en piedra verde y que se encuentra en el Musée du quai Branly de París. Fotografía de Daniel Ponsard.

los atributos de Huitzilopochtli ahí mencionado lo relaciona con un infante. El texto dice a la letra: “Se pintó el rostro con su caca de niño, se llamaba ‘su obra de niño’ (*ic ommichiuh yn iconecujtl, mjtōaia ipilnechioal*)”. No parece haber duda de que esta frase se refiere a las franjas horizontales ocre propias del afeitado facial de Huitzilopochtli, las cuales alternaban con otras franjas azules (figuras 12, 14). Al preguntarse sobre su sentido, Eduard Seler (1963: I, 117) consideró que esta pintura facial califica a Huitzilopochtli y a Tezcatlipoca como divinidades juveniles. Por su parte, Carmen Aguilera (1971: 53) señaló al respecto que *ixtlan tlattaan* “significa que el dios era aún tan joven que jugaba con su excremento y se ensuciaba la cara con él”. En fechas más recientes, Guilhem Olivier (2004: 159) opinó que ésta sería tal vez “la huella de una niñez que [Huitzilopochtli] nunca tuvo”, ya que nació como joven guerrero. Creemos, sin embargo, que la explicación es mucho más simple: recordemos que todos los niños de pecho tienen deyecciones características de un color ocre claro, el cual es prácticamente idéntico al que se observa en las imágenes pictográficas del dios mexica.



Figura 14. Imagen pictográfica de Huitzilopochtli según los *Primeros Memoriales* de Sahagún (1993: 261r).

EL NIÑO DE LA OFRENDA 111: UN POSIBLE *IXIPTLA* DE HUITZILOPOCHTLI

Volviendo a la Ofrenda 111, observamos en el contexto arqueológico tres indicios que nos sugieren que el niño sacrificado era un *ixiptla* o personificador de Huitzilopochtli. El primero es la presencia de un anillo de madera sobre el pecho del niño. Esta clase de artefactos es muy común en los contextos oblatorios de Tenochtitlan (Velázquez Castro 1999: 106; 2000: 166-180, Olmo 1999: 184-186; López Luján 2006a, I: 200, 203) y de Tlatelolco (Espejo 1996: 172, 178; Guilliem Arroyo *et al.* 1998: 110, 113-114; Guilliem Arroyo 2003: 72). Los mexicas lo conocían bajo el nombre de *anáhuatl* y lo representaban de color blanco y atado con un cuero rojo al pecho de ciertas divinidades o de sus personificadores terrenales.<sup>31</sup> El *anáhuatl* es uno de los atributos de Huitzilopochtli, aunque no le es privativo; también lo portan Tezcatlipoca, Tlahuizcalpantecuhtli, Mixcóatl, Xiuh-tecuhtli, Xipe Tótec, Itztlacoliuhquí y Mictlantecuhtli (Nagao 1985: 74-76; Velázquez Castro 2000: 166-180). Nicholson (1988: 244-247) y Boone (1989: 6) han identificado su presencia en numerosas imágenes pictográficas de Huitzilopochtli (figura 12). Incluso, es interesante advertir que la famosa escultura de piedra verde de este dios que se encuentra en París (figura 13), tiene la particularidad de portar un *anáhuatl* sobre el pecho y otro más sobre la espalda (López Luján y Fauvet-Berthelot 2005: 72-75).

El segundo indicio son las ajorcas de caracoles y cascabeles que ceñían los tobillos del niño. Este mismo atributo califica a Huitzilopochtli en varias pictografías (Sahagún 1993: 261r; *Códice Telleriano-Remensis* 1995: fol. 5r; *Códice Borbónico* 1991: 31, 34, 36) (figuras 14-15) y en conocidos bajorrelieves mexicas (*e.g.* el *Teocalli de la Guerra Sagrada* y el *Ocelocuauhxicalli* del Museo Nacional de Antropología). Sin embargo, debemos advertir que, además de Huitzilopochtli, este tipo de ajorcas son propias de otros dioses y personajes relacionados con la guerra, tal y como lo atestiguan la iconografía, las fuentes documentales y los contextos arqueológicos del Templo Mayor (Adrián Velázquez Castro, comunicación personal, abril de 2008).

Como tercer indicio encontramos las alas de gavián de bosque colocadas en los hombros del niño. Este hecho inusual nos hace presumir que el pequeño estuvo ataviado como el ave que en su plumaje lleva los colores del dios solar. En efecto, hemos visto que las plumas dorsales del gavián de bosque son gris azu-

<sup>31</sup> De acuerdo con Seler (1963, I: 117), el *anáhuatl* simboliza un ojo, en uno de cuyos ángulos se observa la conjuntiva roja. Podría ser, según el investigador alemán, un ojo del cielo o del Sol, o bien la expresión jeroglífica de que el dios que lo ostenta lo ve todo. En contrapunto, Velázquez Castro (2000: 179-180) ha propuesto que los numerosos *anáhuatl* de concha de las ofrendas del Templo Mayor son imágenes de la superficie terrestre y, a la vez, atributos bélicos que aluden a los guerreros estelares que auxiliaban al Sol en su cíclico devenir.

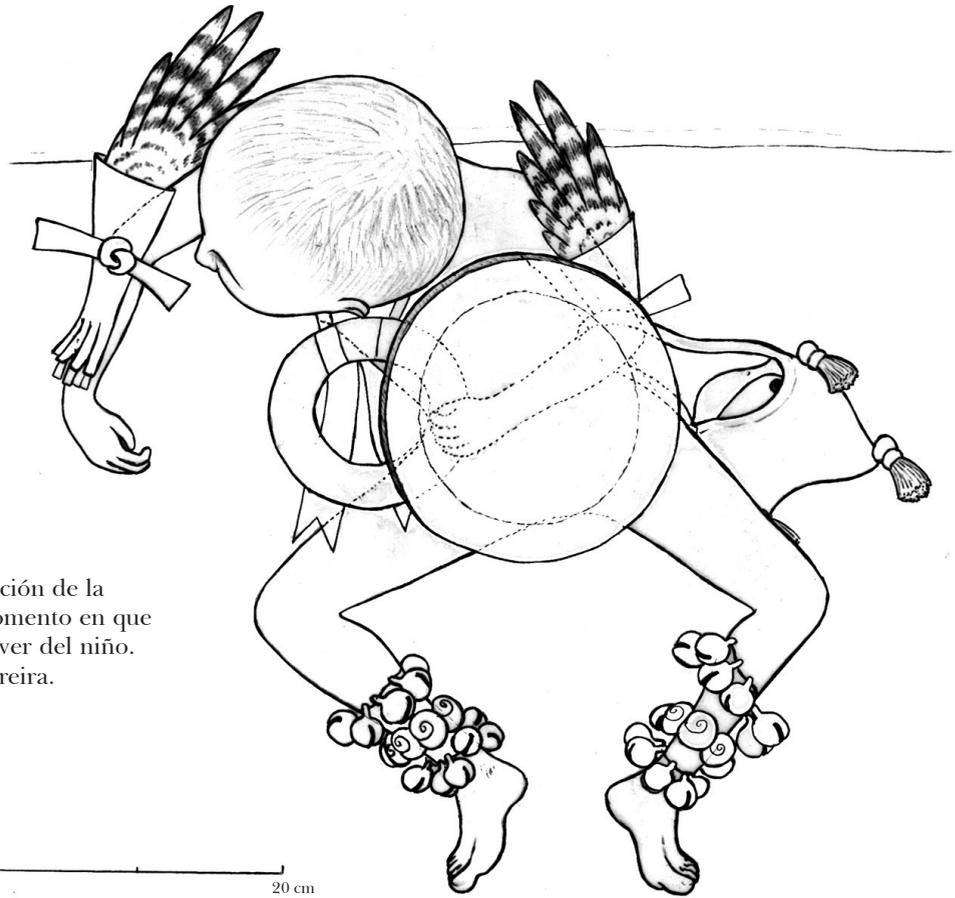


Figura 15. Reconstrucción de la Ofrenda 111 en el momento en que fue inhumado el cadáver del niño. Dibujo de Grégory Pereira.

ladas y que las ventrales forman barras horizontales de color ocre. Recordemos finalmente que el niño también estaba acompañado de pequeños aerófonos. Al respecto, dejemos planteada la interrogante de si estos objetos tendrían relación alguna con los instrumentos musicales tañidos por los fieles durante el mes de *pachtonli* con motivo del advenimiento del pequeño Huitzilopochtli.

Otra posibilidad es que el niño sacrificado hubiera estado vestido como uno de los esclavos que eran muertos por cardioectomía en honor de Huitzilopochtli durante la fiesta de *panquetzaliztli*. De acuerdo con Sahagún (2000, II: 834), a dichas víctimas les ponían “en las gargantas de los pies unos caracolitos mariscos injeridos en unas tiras de cuero de tigres, como calzuelas, los cuales caracorillos colgaban de las calzuelas”.<sup>32</sup> Asimismo, les colocaban “en los hombros unas alas de cavilanes que llamaban *tlóhmaïtl*. Estaban las alas revueltas con papel los cabos

<sup>32</sup> Recordemos que el monolito discoidal de Coyolxauhqui tiene esculpidos en los tobillos caracoles similares a los del género *Polinices*. Como señalamos dos párrafos más arriba, pudiéramos especular que estos caracoles están relacionados simbólicamente con la guerra y el sacrificio.

dellas, y asidas a la xaqueta. Estaba pintado aquel papel de diversas colores entrepuestas, colorado y negro, revuelto con marcaxita” (Sahagún, II: 835) (figuras 14-15). En esta misma ceremonia, aunque en un momento posterior, se tocaba en torno de las víctimas un silbato llamado *chichtli*, el cual tenía como función señalar que se les arrancarían los cabellos de la coronilla. Resulta sugerente que, según el diccionario de Siméon (1977), el *chichtli* era un instrumento propio de los niños.<sup>33</sup> Pero todo esto queda ya en el plano de la especulación.

Al final de nuestro recorrido, concluimos que el esqueleto que hemos encontrado sobre la plataforma de la Etapa IVa-1 del Templo Mayor pertenece a una criatura de unos cinco años de edad que gozaba de buena salud y que quizás era originaria del centro-norte de México. Este niño fue sacrificado en Tenochtitlan a mediados del siglo xv por medio de una cardioectomía practicada por vía abdominal, quizá para augurar el resultado de una futura batalla o para consagrar la remodelación de la pirámide del dios de la guerra. En el momento de su muerte estaría tal vez vestido como el mismo Huitzilopochtli o como alguno de los esclavos normalmente ofrecidos por los comerciantes a esta divinidad.

## BIBLIOGRAFÍA

ABBOTT, R. Tucker

1974 *American Seashells. The Marine Mollusca of the Atlantic and Pacific Coasts of North America*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold.

\_\_\_\_\_ y Peter S. Dance

1991 *Compendium of Seashells*, El Cajón, Cal., Odyssey.

AGUILERA, Carmen

1971 “Una posible deidad negroide en el panteón azteca”, *ECN*, vol. 9, pp. 47-56.

ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando

1949 *Crónica Mexicáyotl*, Adrián León (ed. y trad.), México, Imprenta Universitaria.

AMERICAN ORNITHOLOGIST’S UNION

1983 *Check-list of North American Birds*, Washington, American Ornithologist’s Union.

ATHIÉ ISLAS, Ivonne

2006 “La obsidiana del Templo Mayor de Tenochtitlan”, en Leonardo López Luján, David Carrasco y Lourdes Cué (coords.), *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, México, INAH, pp. 539-554.

<sup>33</sup> Siguiendo a Sahagún, Both (2006: 325-326) ha identificado el *chichtli* con el “silbato de la muerte” o “silbato de ruido”. Éste, a su juicio, era muy distinto formal y acústicamente a los encontrados en la Ofrenda 111 (Both, comunicación personal, septiembre de 2007).

- BARDSEN, Asgeir y Kjell Bjorvatn  
1998 "Risk Periods in the Development of Dental Fluorosis", *Clinical Oral Investigation*, núm. 2, pp. 155-160.
- BOONE, Elizabeth Hill  
1989 *Incarnations of the Aztec Supernatural: the Image of Huitzilopochtli in Mexico and Europe*, Filadelfia, American Philosophical Society.
- BOTH, Adje  
2005 *Aerófonos mexicas de las ofrendas del recinto sagrado de Tenochtitlan: perspectivas en la arqueomusicología mesoamericana*, Berlín, Freie Universität Berlin-Lateinamerika-Institut, tesis de doctorado.  
2006 "On the Context of Imitative and Associative Processes in Prehispanic Music", en Ellen Hickmann, Arnd Adje Both y Ricardo Eichmann (eds.), *Studien zur Musikarchäologie V*, Rahden, Deutsches Archäologisches Institut, pp. 319-332.
- BRODA, Johanna  
1971 "Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia: una reconstrucción según las fuentes del siglo XVI", *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6, pp. 245-327.
- CHÁVEZ BALDERAS, Ximena, Osiris Quezada y José María García  
2005a "El sacrificio de un niño en honor a Huitzilopochtli en el Templo Mayor de Tenochtitlan", *Arqueología Mexicana*, vol. 13, núm. 75, p. 12.
- \_\_\_\_\_, Osiris Quezada, José María García y Leonardo López Luján  
2005b "El sacrificio de un niño en honor a Huitzilopochtli en el Templo Mayor de Tenochtitlan", ponencia presentada en el XIII Coloquio Internacional de Antropología Física "Juan Comas", Campeche, 11 de noviembre.
- Códice Borbónico*  
1991 *El libro del Ciuacoatl. Homenaje para el año del Fuego Nuevo. Libro explicativo del llamado Códice Borbónico*, Ferdinand Anders, Maarten Jansen y Luis Reyes García (eds.), México, ADV/FCE.
- Códice Telleriano-Remensis*  
1995 *Ritual, Divination, and History in a Pictorial Aztec Manuscript*, Eloise Quiñones Keber (ed.), Austin, University of Texas Press.
- Códice Vaticano A.3738*  
1996 *Religión, costumbres e historia de los antiguos mexicanos. Libro explicativo del llamado Códice Vaticano A*, Ferdinand Anders y Maarten Jansen (eds.), México, ADV/FCE.
- CRUZ LAINA, Isabel de la, Juan Alberto Román Berrelleza, Angélica González Oliver y Alfonso Torre Blanco  
2006 "La tecnología del ADN antiguo aplicada al estudio de los niños sacrificados en honor a Tláloc", en Leonardo López Luján, David Carrasco y Lourdes Cué (coords.), *Arqueología e historia del Centro de México. Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma*, México, INAH, pp. 433-444.

- DUDAY, Henri  
1997 “Antropología biológica ‘de campo’, tafonomía y arqueología de la muerte”, en Elsa Malvido, Grégory Pereira y Vera Tiesler (coords.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, México, INAH/CEMCA, pp. 91-126.
- DURÁN, fray Diego  
1984 *Historia de la Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, 2 vols., Ángel Ma. Garibay K. (ed.), México, Porrúa.
- ESPEJO, Antonieta  
1996 “Las ofrendas halladas en Tlatelolco”, en Francisco González Rul (coord.), *Tlatelolco a través de los tiempos, cincuenta años después (1944-1994), t. I, Arqueología*, México, INAH, pp. 171-184.
- GARCÍA COOK, Ángel y Raúl M. Arana  
1978 *Rescate arqueológico del monolito Coyolxauhqui*, México, INAH.
- GARCÍA CUBAS, Antonio y Martha Reguero  
2004 *Catálogo ilustrado de moluscos gasterópodos del Golfo de México y Mar Caribe*, México, UNAM.
- GRAULICH, Michel  
2005 *Le sacrifice humain chez les Aztèques*, París, Fayard.
- GRIMALDO, Magdalena, Víctor Borja-Aburto, Adriana L. Ramírez, Margarita Ponce, Margarita Rosas y Fernando Díaz-Barriga  
1995 “Endemic Fluorosis in San Luis Potosí, México. I. Identification of Risk Factors associated with Human Exposure to Fluoride”, *Environmental Research*, vol. 68, pp. 25-30.
- GULLIEM ARROYO, Salvador  
2003 “Ofrendas del Templo Mayor de Mexico-Tlatelolco”, *Arqueología*, vol. 30, pp. 65-87.
- \_\_\_\_\_, Saturnino Vallejo Zamora y Ángeles Medina Pérez  
1998 “Ofrenda en el Templo Mayor de México-Tlatelolco”, *Arqueología*, vol. 19, pp. 101-117.
- JUÁREZ-LÓPEZ, María Lilia Adriana, J.C. Hernández-Guerrero, D. Jiménez-Farfán y C. Ledesma-Montes  
2003 “Prevalencia de fluorosis dental y caries en escolares de la ciudad de México”, *Gaceta Médica de México*, vol. 139, pp. 221-225.
- LAGUNAS RODRÍGUEZ, Zaid  
2000 *Manual de osteología antropológica*, vol. 1, México, INAH.
- LITTLETON, Judith  
1999 “Paleopathology of Skeletal Fluorosis”, *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 109, pp. 465-483.

- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo y Leonardo López Luján  
 en prensa *Monte Sagrado-Templo Mayor: el cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*, México, UNAM/INAH.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco  
 1954 *Historia general de las Indias*, 2 vols., Pilar Guibelalde (ed.), Barcelona, Iberia.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo  
 1982 “Neues aus der alten Welt, Mexiko”, *Das Altertum*, núm. 2, vol. 28, pp. 126-127.  
 2005 *The Offerings of the Templo Mayor of Tenochtitlan*, rev. ed., Albuquerque, University of New Mexico Press.  
 2006a *La Casa de las Águilas*, 2 vols., México, FCE/INAH/Harvard University.  
 2006b “Proyecto Templo Mayor, Sexta Temporada”, *Boletín del Consejo de Arqueología*, México, INAH, 28 de septiembre de 2006, <[http://www.inah.gob.mx/Consejo\\_de\\_Arqueologia/index.php](http://www.inah.gob.mx/Consejo_de_Arqueologia/index.php)>.
- \_\_\_\_\_ y Marie-France Fauvet-Berthelot  
 2005 *Azèques. Les sculptures du Musée du quai Branly*, París, Musée du quai Branly.
- \_\_\_\_\_, Aurora Montúfar, Tenoch Medina, Norma Valentín, Ximena Chávez, Fernando Carrizosa, Camila Pascal, Osiris Quezada, José María García y Ángel González  
 2007 “Informe de la Sexta temporada, Proyecto Templo Mayor”, manuscrito entregado al Consejo de Arqueología, México, INAH, 235 pp., 187 ilustraciones y 2 planos.
- LOYOLA RODRÍGUEZ, J., A. Pozos Guillén, J. Hernández Guerrero y F. Hernández Sierra  
 2000 “Fluorosis en dentición temporal en un área de fluorosis endémica”, *Salud Pública de México*, vol. 42, núm. 3, mayo-junio, pp. 194-200.
- MATOS MOCTEZUMA, Eduardo  
 1981 *Una visita al Templo Mayor*, México, SEP-INAH.
- \_\_\_\_\_ y Víctor Rangel  
 1982 *El Templo Mayor de Tenochtitlan. Planos, cortes y perspectivas*, México, INAH.
- MONTÚFAR LÓPEZ, Aurora  
 2006a “Anillos de madera asociados a un entierro, Templo Mayor de Tenochtitlan”, México, informe mecanuscrito, INAH-SLAA.  
 2006b “Arqueobotánica de los sedimentos del Templo Mayor de Tenochtitlan (Temporada 2005)”, México, informe mecanuscrito, INAH-SLAA.  
 2007 *Los copales mexicanos y la resina sagrada del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH.
- NAGAO, Debra  
 1985 *Mexica Buried Offerings. A Historical and Contextual Analysis*, Oxford, Archaeopress (BAR International Series).
- NEWTON, Ian y Penny Olsen  
 1993 *Aves de presa*, Barcelona, Fundación “La Caixa”/Museo de la Ciencia.

NICHOLSON, Henry B.

- 1988 “The Iconography of the Deity Representations in Fray Bernardino de Sahagún’s *Primeros Memoriales*: Huitzilopochtli and Chalchiuhtlicue”, en Jorge Klor de Alva, Henry B. Nicholson y Eloise Quiñones Keber (eds.), *The Work of Bernardino de Sahagún, Pioneer Ethnographer of Sixteenth-Century Aztec Mexico*, Albany, State University of New York, pp. 229-253.

OLIVIER, Guilhem

- 2004 “También pasan los años por los dioses: niñez, juventud y vejez en la cosmovisión mesoamericana”, en Virginia Guedea (ed.), *El tiempo en Mesoamérica. El historiador frente a la historia*, México, UNAM-III, pp. 149-180.

OLMO, Laura del

- 1999 *Análisis de la Ofrenda 98 del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH.

PASCAL GARCÍA, Camila

- 2006 “Informe del análisis de la cerámica recuperada durante la sexta temporada del Proyecto Templo Mayor”, informe mecanuscrito, México, Museo del Templo Mayor.

PEÑA GÓMEZ, Rosa María

- 1978 “Análisis de los restos humanos en las ofrendas a Coyolxauhqui”, *Antropología e Historia*, vol. 24, pp. 39-51.

PEREIRA, Grégory

- 1997 “Manipulaciones de restos óseos en la loma de Guadalupe, un sitio funerario del periodo Clásico de la cuenca de Zacapu, Michoacan”, en Elsa Malvido, Grégory Pereira y Vera Tiesler (eds.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuario*, México, INAH/CEMCA, pp. 161-178.

PETERSON, Roger Tory y Edward L. Chalif

- 1989 *Aves de México*, México, Diana.

PIJOAN Aguadé, Carmen María y Josefina Mansilla Lory

- 2004 “Esternones cortados. ¿Evidencia de sacrificio humano por extracción de corazón?”, en Carmen María Pijoan Aguadé y Xabier Lizarraga Cruchaga (eds.), *Perspectiva tafonómica. Evidencias de alteraciones en restos óseos del México prehispánico*, México, INAH, pp. 69-86.

QUEZADA RAMÍREZ, Osiris

- 2006 “Informe del análisis lítico correspondiente a la sexta temporada de campo del Proyecto Templo Mayor”, informe mecanuscrito, México, Museo del Templo Mayor.

“Relación de Coatepec y su partido”

- 1985 en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t. I, René Acuña (ed.), México, UNAM-IIA, pp. 125-178.

“Relación de Tolnachatla y su partido”

- 1986 en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t. III, René Acuña (ed.), México, UNAM-IIA, pp. 117-156.

- ROBICSEK, Francis y Donald Hales  
1984 “Maya Heart Sacrifice: Cultural Perspective and Surgical Technique”, en Elizabeth H. Boone (ed.), *Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica*, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 49-90.
- ROMÁN BERRELLEZA, Juan Alberto  
1987 “Offering 48 of the Templo Mayor: a Case of Child Sacrifice”, en Elizabeth H. Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor*, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 131-144.  
1990 *Sacrificio de niños en el Templo Mayor*, México, INAH/GV Editores.
- \_\_\_\_\_ y Alfonso Torre Blanco  
1998 “Los sacrificios de niños en el Templo Mayor: un enfoque interdisciplinario”, *Arqueología Mexicana*, vol. 6, núm. 31, pp. 28-33.
- SAHAGÚN, fray Bernardino de  
1979 *Códice Florentino. Manuscrito 218-20 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, 3 vols., México, Secretaría de Gobernación-AGN.  
1993 *Primeros memoriales*, Norman, University of Oklahoma Press.  
2000 *Historia general de las cosas de Nueva España*, 3 vols., Alfredo López Austin y Josefina García Quintana (eds.), México, Conaculta.
- SCHOUR, Ian y Maury Massler  
1941 “The Development of Human Dentition”, *Journal of the American Dental Association*, vol. 28, pp. 1153-1160.
- SELER, Eduard  
1963 *Comentarios al Códice Borgia*, 2 vols., México, FCE.
- SIMÉON, Rémi  
1977 *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, México, Siglo XXI.
- TELLO, fray Antonio  
1997 *Libro segundo de la crónica miscelánea, en que se trata de la conquista espiritual y temporal de la santa provincia de Jalisco en el Nuevo Reino de la Galicia y Nueva Vizcaya y descubrimiento del Nuevo México*, México, Porrúa.
- VALENTÍN MALDONADO, Norma  
2006 “Informe de la identificación de los restos faunísticos localizados en la sexta temporada de excavación del Proyecto Templo Mayor”, informe mecanuscrito, México, INAH-SLAA.
- VELÁZQUEZ CASTRO, Adrián  
1999 *Tipología de los objetos de concha del Templo Mayor de Tenochtitlan*. México, INAH.  
2000 *El simbolismo de los objetos de concha encontrados en las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH.